



Esclavos y libres en la novela *Sab* de Gertrudis Gómez de Avellaneda

Olga Tabatadze¹

Resumen. El tema de la esclavitud y la libertad expresadas en la novela *Sab* de Gertrudis Gómez de Avellaneda ha sido ampliamente analizado desde el punto de vista socio-político. También existen estudios que subrayan la visión romántica generalizada acerca de la fuerza esclavizadora del amor y del poder liberatorio de la muerte. No obstante, este artículo pretende resaltar otra idea romántica, plasmada por la autora en los personajes principales de esta obra, pero poco estudiada por los críticos: que una persona puede ser esclava o libre no en base de su estatus social o las condiciones económico-políticas, sino en función de la fuerza y la sinceridad de su amor.

Palabras clave: Gertrudis Gómez de Avellaneda; Cuba; mujeres; esclavos; amor; libertad; esclavitud.

[en] Slaves and freemen in the Gertrudis Gomez de Avellaneda's novel *Sab*

Abstract. The issue of slavery and freedom expressed in the Gertrudis Gomez de Avellaneda's novel *Sab* has been widely analysed from the socio-political point of view. There are also studies which underscore the widespread romantic vision of the enslaving power of love and the liberating power of death. However, this article aims to highlight another romantic idea, embodied by the author on the main characters of this novel, but scarcely studied by the critics: a person can be slave or free not on the basis of his or her social status or economic and political conditions, but according to the strength and the sincerity of his or her love.

Keywords: Gertrudis Gomez de Avellaneda; Cuba; women; slaves; love; freedom; slavery.

Cómo citar: Tabatadze, O. (2017) Esclavos y libres en la novela *Sab* de Gertrudis Gómez de Avellaneda, en *Anales de Literatura Hispanoamericana* 46, 335-348.

El tema de la libertad y la esclavitud, expresada en la obra de Gertrudis Gómez de Avellaneda *Sab*, está ampliamente estudiado y analizado². En su gran mayoría estos trabajos ofrecen un enfoque socio-político, por lo que nosotros quisiéramos aportar una visión más antropológica, la cual encuentra poca expresión en los estudios publicados hasta ahora. Y es que nos resulta evidente que cada uno de los cuatro personajes principales de esta obra avellanadiana lleva en sí la señal de

¹ Universidad de Granada, España.
E-mail: otabatadze@yahoo.es

² Aquí podríamos subrayar el enfoque político y social de Aurelio Mitjans (1918); el de protesta social de Ricardo Navas-Ruiz (1970); el de prejuicios de raza y posición social de Elena Catena (1989); el social y subjetivista (de la construcción del sujeto y la subjetividad femeninos en la obra) de Susan Kirkpatrick (1991); el de denuncia social (de opresión de mujeres y esclavos) de José Servera (2003) o el antiesclavista y feminista de Ángeles Ezama (2015) y Luis T. González del Valle (2015), etc.

libertad o de esclavitud, en función de la fuerza y la sinceridad del amor que alberga en su interior.

Antes de pasar a la argumentación de nuestra tesis, quisiéramos recordar que el *Sab* de esta escritora hispano-cubana³ fue la primera novela antiesclavista publicada⁴. En efecto, redactada alrededor de 1838⁵ y editada por primera vez en 1841, describe los hechos que se desarrollan “veinte años hace, poco más o menos” (Gómez de Avellaneda 2015: 7), es decir, aproximadamente en 1818, época en la que la trata de los esclavos en la Isla estaba absolutamente vigente y que tan sólo se aboliría oficialmente en 1886 mediante la *Ley de abolición total y definitiva de la esclavitud en Cuba*, aprobada en el Congreso de La Habana⁶. Ya desde las primeras páginas del primer capítulo la autora nos introduce en la vida diaria de los esclavos “sin dignidad ni derechos” (113) y nos muestra la dureza de vida que provoca lágrimas y un gran pesar en el alma de Carlota, la cual, cuando los ve pasar, reparte “entre ellos todo el dinero que llevaba en sus bolsillos con expresiones de compasión y afecto” (47).

Además de la expresa denuncia de la esclavitud del hombre por su semejante que, en opinión de los críticos, pudo ser la razón por la que la escritora no quiso incluir la novela *Sab* en la primera edición de sus obras completas⁷, quisiéramos mencionar otro desacuerdo reflejado en la obra y que, posiblemente, también contribuyó a la decisión tomada. Nos referimos a la desaprobación de la escritora del papel de la mujer en los enlaces por conveniencia⁸, comúnmente aceptados en

³ La cuestión acerca de la cubanía o la hispanidad de Gertrudis Gómez de Avellaneda está discutida por algunos estudiosos de la obra de esta escritora, como, por ejemplo, Mary Cruz (1990) o Milena Rodríguez Gutiérrez (2015).

⁴ Es importante observar que la novela *Sab* de Gertrudis Gómez de Avellaneda fue la primera obra abolicionista publicada en Europa y América. Así, por ejemplo, la famosa obra *La cabaña del tío Tom* de la norteamericana Harriet Beecher-Stowe se publicó en 1851, las obras *Petrona* y *Rosalía* (1838) de Félix Tanco y Bosmeniel y *Una feria de la caridad en 183...* de José Ramón Betancourt vieron luz en 1858 y la novela *Francisco, El ingenio o Las delicias del campo* del escritor cubano Anselmo Suárez y Romero, terminada hacia 1839, “no se publicó hasta 1880” (Gutiérrez de la Solana, 1981, 301).

⁵ La autora escribe en su introducción a la obra *Sab*, titulada, “Dos palabras al lector” que “tres años ha dormido esta novelita casi olvidada en el fondo de su papelera” (Gómez de Avellaneda 2015). 5). La propia autora escribe en una carta (carta 143) dirigida a A. Neira: “pero en ratos de ocio escribía desaliñadamente el *Sab*, que comencé en Lisboa, en 1838” (Bravo-Villasante, 1970, 15). Precisamente en este año Gran Bretaña declaró abolida la esclavitud en sus colonias y en el norte de los Estados Unidos comenzaba a surgir una fuerza social y política en contra de los esclavistas del sur (Servera, 2003, 46).

⁶ La historia de la abolición de la esclavitud en Cuba está detalladamente narrada en los trabajos de Fernando Portuondo del Prado (1965), Luis Navarro García (1991), Pablo Tornero Tinajero (1996) entre muchos otros estudios.

⁷ *Obras literarias, dramáticas y poéticas* de Gertrudis Gómez de Avellaneda se publicaron en 5 volúmenes por la Imprenta y Estereotipia de M. Rivadeneyra en 1869-1871, en vida de la autora, y no incluían las obras *Sab*, *Dos mujeres* y *Guatimozín* (Servero 2003: 48). El contemporáneo de la autora, Luis Vidart ya entonces se preguntaba en su artículo “Las novelas de la Avellaneda” (*Revista de España*, 1871, pp. 30-43) acerca del por qué la Sra. Avellaneda no ha dado lugar en la colección a estas tres obras suyas (Servero 2003: 48, Ezama 2015: 430). Según parece, la autora nunca dio respuesta a esta pregunta, pero, en opinión de la crítica Carmen Bravo-Villasante, fue porque si *Sab* hubiera figurado en la Isla, a la Avellaneda “de seguro se le habría negado la entrada” (Bravo-Villasante 1970: 33). Es más, “la corta edición” que se hizo en Madrid en 1841 “fue, en su mayor parte, secuestrada y retirada de la circulación por los mismos parientes de la autora, a causa de las ideas abolicionistas que encierra” (Bravo-Villasante 1970: 33). Nosotros nos inclinamos a la misma opinión.

⁸ Las obras dedicadas al papel de la mujer y al matrimonio por conveniencia surgieron en España y en América, probablemente, sólo hacia la época del realismo. La obra *Cecilia Valdés* de Cirilo Villaverde, considerada la primera novela cubana y cuyo primer tomo fue publicado a mediados de 1839 (el segundo salió en 1879 y la edición definitiva se editó en 1882), aunque presente en calidad de protagonista a una hermosa mulata, no plantea la cuestión de la mujer y del matrimonio desde esta perspectiva, sino que le da otro enfoque. En el

aquel entonces, pero que, a la par de hacer al matrimonio desgraciado, dejan a la mujer en la situación de un esclavo. En efecto, en la novela, Carlota se presenta como una mujer-objeto, interesante sólo por la cuantía de su dote; una vez que Enrique adquiere y satisface el afán de riquezas por medio de su matrimonio con Carlota, ignora y olvida a su esposa⁹. Otro personaje, Teresa, también es una mujer-objeto, que, por el contrario, carece de todo interés debido al escaso valor de su patrimonio y vive sólo gracias a la caridad de sus bienhechores. Además, la escritora hace visible en la novela lo verdadero y feliz que podría llegar a ser un matrimonio basado en un amor sincero de un hombre capaz de entregar la vida por su esposa, de conquistar para su “amada un nombre, un destino, un trono” (159), como lo podría hacer Sab por Carlota si no fuera un esclavo¹⁰, y lo falso y desdichado que es un enlace inspirado por el interés y la codicia que mueven a Enrique a casarse con la joven protagonista. De esta manera, la crítica del papel de la mujer, reducido a ser un mero objeto de compra-venta en un matrimonio mal entendido, por un lado, y la amplia aceptación de este papel por la sociedad que le era contemporánea a la escritora y la cual fue duramente criticada y responsabilizada por la autora tanto por el hecho de la cosificación de la mujer, como por el hecho de la esclavitud¹¹, por otro lado, están firmemente presentes en esta obra avellanadiana.

Dicho esto, y volviendo al tema principal de nuestro artículo, quisiéramos mostrar cómo la escritora expresa la libertad y la esclavitud del hombre a través de la fuerza y la pureza del amor¹² del que son capaces sus personajes principales: Sab, Carlota, Enrique y Teresa.

Aparentemente en la obra se nos presenta a dos personas que disponen de plena libertad económica y social –Carlota y Enrique-, y a dos personas que no gozan tanto de esta independencia: la huérfana Teresa, que, siendo libre, al mismo tiempo, es dependiente de la bondad de la familia de don Carlos de B..., y el esclavo Sab, que, aun gustando la confianza de la familia, el buen trato, el respeto y el cariño de todos, sigue siendo un esclavo¹³.

resto de Europa, en las letras rusas, por ejemplo, encontramos obras, como *Elka i svadba* (1848) de Fiodor Dostoevsky, *Bespredannitsa* (1879) de Nikolay Ostrovsky, *Zhemchuzhnoe ozherelie* (1885) de Nikolay Leskov, etc., dedicados al mismo tema. No obstante, son también posteriores a 1841. Es interesante que a Tula misma le preparaban un matrimonio por conveniencia, cuyo compromiso fue roto por ella en 1830 por sentirse más atraída por un joven llamado Loynaz (Servera 2003: 13 y Scott 2006: 698).

⁹ Juan Andreo García analiza detalladamente el comportamiento de las mujeres blancas de la élite cubana de la época estudiada y observa que la novela *Sab* de Gertrudis Gómez de Avellaneda, que relataba el enamoramiento de un mulato esclavo y una mujer blanca, suponía una “subversión de todos los valores sociales y morales y, en última instancia, económicos y políticos, establecidos” (García 2006: 749).

¹⁰ Nina M. Scott observa que el “amor de Sab por Carlota era, en Cuba y en muchos otros lugares, un amor literalmente impensable e indecible” y admira el “atrevimiento creativo de Gertrudis Gómez de Avellaneda, hija de dueños de esclavos, al imaginarse a un mulato noble, amante de una mujer blanca” y “muy superior a su rival rubio y blanco” (2006: 699).

¹¹ Sobre la opresión de las mujeres y los esclavos en *Sab* consultar los trabajos de José Servera (2003: 42-45) y de Ángeles Ezama (2015: 424-433).

¹² En la crítica es muy frecuente encontrar observaciones sobre la fuerza esclavizadora del amor y el entendimiento de la muerte como la vía de liberación, tan propios del romanticismo. Así, por ejemplo, precisamente en esta clave ve el crítico José Servera (2003: 59-68) a los tres personajes principales de la novela avellanadiana: Sab es el esclavo de amor pasional, Carlota es la mujer-esclava del amor ciego y Enrique es el esclavo del dinero y de bienes materiales.

¹³ Su caso nos resulta curioso, puesto que en el texto en varias ocasiones se menciona que Sab disponía de “una libertad largo tiempo ofrecida y repetidas veces rehusada” (Gómez de Avellaneda 2015: 42). Nos

En efecto, conociendo a los personajes y su situación, descubrimos que Carlota es una joven de casi dieciocho años, bella, viva, feliz, ingenua e impresionable y que, siendo la primera de los seis hijos de don Carlos de B... y huérfana de madre desde hacía cuatro años para el momento de la narración, procede de una de las más nobles familias del país y es una de sus más ricas herederas. Su padre, don Carlos de B... era el propietario del productivo ingenio de Bellavista, de bastante valor, en el que había cincuenta negros y que le proporcionaba la “zafra de seis mil panes de azúcar” (10) –anteriormente este ingenio “daba a su dueño doce mil arrobas de azúcar cada año, porque entonces más de cien negros trabajaban en sus cañaverales” (10)-, de las tierras de Cubitas y de una casa en el Puerto Príncipe, sin contar con patrimonio de sus parientes y las tierras de su mujer, que, finalmente, no les fueron concedidas.

Por el contrario, Enrique era el “único fruto” que quedaba del matrimonio al inglés Jorge Otway, que vino a Cuba -atraído por las riquezas del país-, cuando “contaba más de treinta años, trayendo consigo un hijo de seis” (23). El padre de Enrique, “había sido buhonero algunos años en los Estados Unidos de América del Norte, después en la ciudad de La Habana, y últimamente llegó a Puerto Príncipe traficando con lienzos” (23). Al principio, el padre y el hijo estaban detrás del mostrador de su tienda despachando lienzos, pero rápidamente hicieron fortuna y, a la edad de dieciséis años, Enrique fue enviado por el padre a Londres para perfeccionar su educación. Cuando volvió “de Europa, adornado de una hermosa figura y de modales dulces y agradables” (24), su casa empezaba a adquirir el crédito y el joven “no fue desechado en las reuniones más distinguidas del país”. Al cabo de varios años más, el joven ya era hijo de un “rico negociante, alternado con la clase más pudiente, servido de esclavos, dueño de magníficos carruajes y con todos los prestigios de la opulencia” (24).

Teresa, inexpresiva, impasible, fría y seca aparentemente, pero “formada” para sentir grandes pasiones, era hija natural de un pariente lejano de la esposa de don Carlos. “Perdió a su madre al nacer, y había vivido con su padre, hombre libertino que la abandonó enteramente al orgullo y la dureza de una madrastra que la aborrecía” (19). Tras la muerte de su padre la niña fue recogida por la señora de B... y su esposo y, para el momento de la narración, ya hacía ocho años que se encontraba “bajo la protección del señor de B..., único pariente en quien había encontrado afecto y compasión” (20). En el seno de esta “feliz pareja” halló mucho cariño de los señores de B... y una tierna amistad de Carlota. Aun así, su nacimiento hería constantemente su natural altivez y su escasa fortuna “la constituía en una eterna dependencia” (19). Teresa se sentía desgraciada y “el destino parecía haberla colocado junto a Carlota para hacerla conocer por medio de un triste cotejo, toda la inferioridad y desgracia de su posición” (20).

Finalmente, Sab, a diferencia de Teresa, es una persona “de aquellas fisonomías que fijan las miradas a primera vista y que jamás se olvidan cuando se han visto una vez” (9). Aun vestido de labriego, por sus modales y cortesía, podría parecer un “distinguido propietario de [aquellas] cercanías” (12), no obstante, pertenecía a

atreveríamos a pensar que el motivo de la renuncia de la libertad deseada fue el amor que sentía por Carlota: “Desde mi infancia fui escriturado a la señorita Carlota: soy esclavo suyo, y quiero vivir y morir en su servicio” (15).

“aquella raza desventurada sin derechos de hombres”, un “mulato y esclavo” (12). Hablando de sí mismo, Sab explica: “Es [...] que a veces es libre y noble el alma, aunque el cuerpo sea esclavo y villano” (12). Sab –o Bernabé, según su nombre de bautismo–, mayoral de aquel ingenio, era el hijo de una hermosa princesa de Congo, que apenas salía de la infancia, cuando fue vendida al padre de don Carlos de B.... Fruto de la correspondida pasión de su madre, desconocía el nombre de su padre, aunque todos suponían que lo fuera don Luis, el hermano menor de don Carlos, debido a la protección, afecto y estimación que se le daba al mulato por parte de la familia de B...: Sab jamás sufrió “el trato duro que se da generalmente a los negros”, ni fue “condenado a largos y fatigosos trabajos”, sino que, por el contrario, fue criado con Carlota, siendo su compañero de juegos y estudios.

Pero, independientemente de la posición que los cuatro personajes ocupan en la sociedad y del cariño que reciben de parte de las otras personas, los protagonistas de esta novela aman y tanto la intensidad como la sinceridad de su amor revela al lector el grado de libertad que poseen en realidad, al margen y por encima del estado visible de las cosas.

Sin duda, el amor más romántico es el de Carlota:

Declarose, pues, [Enrique] amante de la señorita de B... y no tardó en ser amado. Se hallaba Carlota en aquella edad peligrosa en que el corazón siente con mayor viveza la necesidad de amar, y era además naturalmente tierna e impresionable. Mucha sensibilidad, una imaginación muy viva, y gran actividad de espíritu, eran dotes, que, unidas a un carácter más entusiasta que prudente debían hacer temer en ella los efectos de una primera pasión. Era fácil prever que aquella alma poética no amaría largo tiempo a un hombre vulgar, pero se adivinaba también que tenía tesoros en su imaginación bastantes a enriquecer cualquier objeto a quien quisiera prodigarlos. El sueño presentaba, hacía algún tiempo, a Carlota la imagen de un ser noble y bello formado expresamente para unirse a ella y poetizar la vida en un deliquio de amor (25).

La autora prosigue sobre el amor de la joven:

Carlota amó a Enrique, o mejor diremos amó en Enrique el objeto ideal que le pintaba su imaginación, cuando vagando por los bosques, o a las orillas del Tíñima, se embriagaba de perfumes, de luz brillante, de dulces brisas: de todos aquellos bienes reales, tan próximos al idealismo, que la naturaleza joven, y superabundante de vida, prodiga al hombre bajo aquel ardiente cielo. Enrique era hermoso e insinuante: Carlota descendió a su alma para adornarla con los más brillantes colores de su fantasía: ¿qué más necesitaba? (26).

Al principio, “por el desprecio al buhonero”, la familia de B... rehusó al joven inglés la mano de Carlota. Pero, cuanto más insistían los familiares en apartar a la inocente y dulce Carlota de Enrique, más lo amaba (27). El fuerte, fogoso, ardiente y sufriente amor, que la joven criolla alberga en su corazón, la hace padecer, gemir y llorar de preocupación por el amado, especialmente cuando Enrique se marcha de Bellavista al comienzo de una terrible tempestad (36). Y, al día siguiente, cuando la

joven ve volver al caballo del inglés con las bridas despedazadas y sin jinete, lanzando un grito y por poco cayendo en tierra, pálida y demudada, se precipita fuera de casa y corre desatinada hacia los campos para “descubrir su cadáver y expirar sobre él” (41). Al recibir de Sab la carta de Enrique, en la que éste le asegura que está “libre de todo riesgo”, se desmaya de la conmoción, sin terminar de leerla, y “vuelta apenas en su conocimiento, hace acercar al esclavo y, en un exabrupto de alegría y agradecimiento, [ciñe] su cuello con sus hermosos brazos” (42) y lo colma de bendiciones, repitiéndole varias veces que era libre. Toda esta escena nos muestra lo enamorada que estaba Carlota de Enrique, lo mucho que sufriría si le hubiera pasado algo y lo contenta que se quedó al saber que su amado ya no corría ningún peligro. Esta misma fuerza del amor de Carlota nos la confirma Teresa en su conversación con Sab:

-[...] Yo conozco mejor que tú el alma de Carlota. Aquella alma tierna y apasionada se ha entregado toda entera: su amor es su existencia, quitarle el uno es quitarle la otra [...]

Sab cayó a sus pies como herido de un rayo.

-¡Pues qué! –gritó con voz ahogada-, ¿ama tanto Carlota a ese hombre?

-Tanto –respondió Teresa-, que acaso no sobreviviría a la pérdida de su amor [...] (111-112).

Estos fragmentos nos indican que Carlota es una persona apasionada y sincera, que no conoce “medias tintas” y se entrega en su amor hasta el final. Es capaz de sufrir y padecer por los demás, como lo muestran sus lágrimas y compasión por los esclavos o por los indios de los que hablaba Martina y que vivían en esas tierras antes de la llegada de los descubridores de América. Su corazón es grande y generoso, aunque no carente de prejuicios propios de su tiempo. Así, en una conversación con Enrique, Carlota reconoce la nobleza del alma de Sab, pero, al mismo tiempo, considera increíble que se pueda amar a ese joven por el simple hecho de que es un mulato y un esclavo y que la persona que pudiera amarlo sin avergonzarse, merecía, si no una reprobación, una lástima (143).

El mulato Sab, dotado del “amor de lo bello, el anhelo de lo justo, la ambición de lo grande”, también posee una intensidad inconmensurable del amor. El joven escribe a Teresa antes de morir: “[...] El amor se apoderó bien pronto exclusivamente de mi corazón: pero no le debilitó, no. Yo hubiera conquistado a Carlota a precio de mil heroísmos” (159). Y continúa la reflexión sobre su amor:

¡El amor! Un amor inmenso que me ha devorado. El amor es la más bella y pura de las pasiones del hombre, y yo la he sentido en toda su omnipotencia. En esta hora suprema, en que víctima suya me inmolo en el altar del dolor, paréceme que mi destino no ha sido innoble ni vulgar. Una gran pasión llena y ennoblece una existencia. El amor y el dolor elevan el alma, y Dios se revela a los mártires de todo culto puro y noble” (160).

Sab muere “abrasado en el santo fuego del amor” y la última frase de su carta y de su vida es para Carlota, para su “flor de una aurora que aún no había sido tocada

sino por las auras del cielo”: “¡Adiós!... Yo he amado, yo he vivido... ya no vivo... pero aún amo” (163).

Su sentimiento es puro e intenso y lo vemos, cuando el joven se sincera con Teresa -junto con quien nos introducimos en los orígenes de este fuerte amor-, al contarle que ama “a aquella cuya huella no es digno de besar”:

-[...] No podéis saber [...] cuán inmensa, cuán pura es esta pasión insensata. ¡Dios mismo no desdeñaría un culto semejante! Yo he mecido la cuna de Carlota: sobre mis rodillas aprendió a pronunciar “te amo” y a mí dirigieron por primera vez sus angélicos labios esta divina palabra. [...] Junto a ella he pasado los días de mi niñez y los primeros de mi juventud: dichoso con verla, con adorarla, no pensaba en mi esclavitud y en el oprobio, y me consideraba superior a un monarca cuando ella me decía “te amo” (98).

Efectivamente, Carlota fue a sus ojos un objeto de veneración y de culto. Sab prosigue:

-[...] Yo consideraba aquella niña tan pura, tan bella, que junto a mí constantemente, me dirigía una mirada inefable, parecíame que era el ángel custodio que el cielo me había destinado, y que su misión sobre la tierra era conducir y salvar mi alma. Los primeros sonidos de aquella voz argentina y pura; aquellos sonidos que aún parecían un eco de la eterna melodía del cielo, que no me fueron desconocidos [...] Así la amaba yo, la adoraba desde el primer momento en que la vi recién nacida, mecida sobre las rodillas de su madre” (99).

Cuando Carlota creció, el dulce y tierno amor de Sab se hizo ardiente, pero no carente de respeto y admiración:

Luego la niña creció a mi vista y la hechicera criatura convirtiéndose en la más hermosa de las vírgenes. Yo no osaba ya recibir una mirada de sus ojos, ni una sonrisa de sus labios: trémulo delante de ella un sudor frío cubría mi frente, mientras circulaba por mis venas ardiente lava que me consumía. Durmiendo aún la veía niña y ángel descansar junto a mí, o elevarse lentamente hacia los cielos de donde había venido, animándome a seguirla con la sonrisa divina y la mirada inefable que tantas veces me había dirigido. Pero cuando despertaba era la mujer y no el ángel la que veían mis ojos y amaba mi corazón. La mujer más bella, más adorable que pudo hacer palpitar jamás el corazón de un hombre: era Carlota con su tez de azucena, sus grandes ojos que han robado su fuego al sol de Cuba; Carlota con su talle de palma, su cuello de cisne, su frente de quince años... y al contemplarla tan hermosa pensaba que era imposible verla sin amarla [...] (99-100).

Este tierno, dulce y, a la vez, apasionado y fogoso amor de Sab también es extraordinariamente abnegado y fiel. Así, haciendo noche en la aldea de Cubitas, vemos como todos los huéspedes de la casa se acuestan y se duermen y sólo Sab, como un bulto inmóvil, yace junto a la puerta de la habitación de la señorita de B..., para proteger su sueño y su honor de los “miserables” e “inícuos deseos” de

Enrique (71-72), en quien fija sus ojos como dos “ascuas de fuego” no sólo aquella noche, sino también en muchas otras ocasiones (32, 38, 126-127).

Enrique no le gusta a Sab, no sólo por los celos que le tiene, sino también porque no se fía de los sentimientos ni intenciones del inglés. Así, en la noche de la caída, el joven mulato, cuyas pupilas de azabache despedían en aquel momento un brillo “sombrio y siniestro, como los fuegos de la tempestad”, mataría y abandonaría por fuertes celos “al pobre Otway pálido, sin sentido, magullado el rostro y cubierto de sangre” (39). Pero, sólo el amor a Carlota, quien le había encomendado proteger a Enrique, y la preocupación por hacerla desgraciada, saca a Sab de sus siniestras ideas y le ayuda a usar su libertad para salvarle la vida al inglés y no para matarlo, aunque el desprecio y los fuertes celos sigan dominando al mulato. “Luego se acercó precipitadamente al herido y era evidente que terminaban sus vacilaciones y que había tomado una resolución decidida” (40): Sab lo lleva a la estancia de un labrador, lo cuida activamente y va cuatro leguas de ida y vuelta para traerle el carruaje de su padre para que al día siguiente pueda volver bien a su casa de Puerto Príncipe. Más adelante, en el descenso a las cuevas de Cubitas, Sab vuelve a hacer de “ángel protector” de Enrique, socorriéndolo con oportunidad y osadía, cuando a éste le falla un pie y está a punto de caerse en la mitad del declive (75). Etc.

Y, finalmente, el tierno amor de Sab hacia Carlota se nos revela en el hecho de que sabiendo cuánto amaba las flores su joven señora había cultivado, vecino a la casa de Bellavista, un “pequeño y gracioso jardín”, aunque “no había en Puerto Príncipe en la época de nuestra historia, grande afición a los jardines: apenas se conocían, acaso por ser todo el país un vasto y magnífico vergel formado por la naturaleza y al que no osaba el arte competir” (45). El mulato “no dominaba el gusto inglés ni francés en aquel lindo jardinillo” y a la hora de formararlo “no había consultado sino sus caprichos” para agradar a la amada, a quien –y lo sabía con certeza- le gustaba mucho venir a este bonito recinto para pasear, pensar, mirar y recoger flores, dar de” comer a sus aves favoritas” y hasta “perseguir las mariposas” (46).

De estos y otros tantos fragmentos que encontramos en el texto podemos comprender que el amor de Sab por Carlota se distingue por su fuerza, fidelidad, ternura, constancia y la preocupación por sus gustos, felicidad y seguridad.

Teresa, una persona aparentemente fría y distraída, imperturbable y racional, ensimismada y capaz de autodomínio –lo opuesto a Carlota, debido a sus cualidades tan poco románticas-, a lo largo de la novela, al paso de que vayamos penetrando en su corazón, va descubriéndose a la otra luz. En efecto, en la noche de la tormenta, cuando todos los habitantes de la casa, llenos de preocupación e inquietud, le piden a Enrique quedarse en Bellavista y aguantar la tempestad –la cual, presentándose agitada, horrorosa y a punto de estallar, refuerza la común excitación-, Teresa es la única persona que permanece tan tranquila e inmutable que hasta parece indiferente (34-35). Pero, cuando Enrique se acercó a Teresa para despedirse, la joven:

volviose con un movimiento convulsivo hacia él, asustada con el sonido de su voz. Enrique al tomarla la mano notó que estaba fría y temblorosa, y aun creyó percibir un leve suspiro ahogado con esfuerzo entre sus labios. Fijó en ella los

ojos con alguna sorpresa, pero había vuelto a colocarse en su primera postura, y su rostro frío, y su mirada fija y seca, como la de un cadáver, no revelaban nada de cuanto entonces ocupaba su pensamiento y agitaba su alma (35).

La aparente frialdad y distracción de Teresa vuelve a mostrarse también en la choza de Martina en Cubitas: mientras la dueña de aquella “humilde morada” cuenta a los huéspedes la historia de su desdichada familia y de lo bondadoso y compasivo que ha sido Sab para con ellos, frente al común interés, emoción y admiración por el relato de la anciana, la apacible e indiferente Teresa aparenta estar más preocupada por limpiar una piedra, cuya hermosura y el extraordinario brillo admiraban tanto Enrique, como Teresa (81).

Y, sin embargo, detrás de esta impenetrable, fría e inexpresiva fachada se encontraba un corazón apasionado e inflamado de amor, que pudo ser visto y reconocido sólo por la perspicaz mirada de Sab. En efecto, tras la jubilosa recepción de Enrique, que visitaba a la familia de B... por primera vez después de su accidente, cuando todos entraron en la casa,

Solamente dos personas quedaron en el patio: Teresa de pie, inmóvil en el umbral de la puerta que acababan de atravesar sin reparar en ella los dos amantes [Carlota y Enrique], y Sab, de pie también, y también inmóvil en frente de ella, junto a su jaco negro del cual acababa de bajarse. Ambos se miraron y ambos se estremecieron, porque como en un espejo había visto cada uno de ellos en la mirada del otro la dolorosa pasión que en aquel momento le dominaba. Sorprendidos mutuamente exclamaron al mismo tiempo:

-¡Sab!

-¡Teresa!

Se han entendido y huye cada uno de las miradas del otro. Sab se interna por los cañaverales, corriendo como el venado herido que huye del cazador llevando ya clavado el hierro en lo más sensible de sus entrañas. Teresa se encierra en su habitación (58-59).

Este reconocimiento mutuo de que en los corazones de Sab y Teresa se albergaba un ardiente y sufriente amor no correspondido, cobra su profundidad en la conversación de la noche. Teresa, enamorada de Enrique, no acepta del delirante Sab el número ganador de la lotería, que podría convertirla en la señora de Otway, ni tampoco cede ante la propuesta del mulato de aparentar algunos días sólo para que “Carlota conozca la bajeza del hombre a quien ha entregado su alma” (111) para abrumarle luego los desprecios y alejarlo. El noble y compasivo corazón de Teresa no admite ni soborno, ni maldad –está convencida de que arrancarle a Carlota sus ilusiones sobre Enrique y hacerla perder su amor, significaría romperle el corazón y “quitarle la existencia”-, sino que siendo testigo del santo e inmenso amor de Sab por Carlota y de la profunda angustia del muchacho de que ninguna mujer podrá amarle ni querrá “unir su suerte a la del pobre mulato, seguir sus pasos y consolar sus dolores” (114), se conmueve y reacciona:

Teresa se puso de pie. A la trémula luz de las estrellas pudo Sab ver brillar su frente altiva y pálida. El fuego del entusiasmo centelleaba en sus ojos y toda su

figura tenía algo de inspirado. Estaba hermosa en aquel momento: hermosa con aquella hermosura que proviene del alma, y que el alma conoce mejor que los ojos. Sab la miraba asombrado. Tendió ella sus dos manos hacia él y levantando los ojos al cielo:

-¡Yo! –exclamó-, yo soy esa mujer que me confío a ti: ambos somos huérfanos y desgraciados... aislados estamos los dos sobre la tierra y necesitamos igualmente compasión, amor y felicidad. Déjame, pues, seguirte a remotos climas, al senos de los desiertos... ¡Yo seré tu amiga, tu compañera, tu hermana! (114).

Estaba claro que Teresa no engañaba a Sab, sino que era capaz de cumplir lo que prometía. El mulato, profundamente emocionado, se sintió aliviado, calmado y consolado y, tras besar los pies y las manos de la doncella, exclamó:

-¡Sublime e incomparable mujer! [...] Dios sabrá premiarte el bien que has hecho. Tu compasión me da un momento de dulzura que casi se asemeja a la felicidad. ¡Yo te bendigo, Teresa!" (115).

Efectivamente, la reservada Teresa pudo ser conocida sólo por el desventurado, pero delicado y perspicaz Sab, la única persona capaz de comprenderla tal y como era en realidad:

-El mundo no te ha conocido, pero yo que te conozco debo adorarte y bendecirte. [...] ¡Oh! ¡Eres una mujer sublime, Teresa! No, no llegará a un corazón como el tuyo mi corazón destrozado... Toda mi alma no bastaría a pagar un suspiro de compasión que la tuya me consagrare. ¡Yo soy indigno de ti! [...] Yo te absuelvo del cumplimiento de tu generosa e imprudente promesa. ¡Dios, solo Dios es digno de tu grande alma! (115).

En definitiva, tanto en la conversación con Sab, como en la última carta que el mulato, ya moribundo, escribe a la muchacha huérfana, agradeciéndole su amistad y el haberle “enseñado la generosidad, la abnegación y el heroísmo” (156), a quien llama “sublime”, “grande”, “fuerte” y “ennoblecida por los sacrificios” (156) y a quien quería imitar como a un águila en vuelo, descubrimos que la aparentemente fría, seca e imperturbable Teresa, en realidad es capaz de amar apasionadamente y de sufrir por este gran amor, de sacrificarse y entregarse, de escuchar, compadecer, llorar y a consolar con ternura a un desdichado.

Finalmente, el amor de Enrique contrasta bruscamente con el sentimiento amoroso de los otros tres personajes. El joven inglés -“uno de los más gallardos jóvenes del país” y “uno de los más ventajosos partidos”-, siendo “dotado de un carácter flexible, y acostumbrado a ceder siempre ante la enérgica voluntad de su padre” (25), es dubitativo incluso en sus sentimientos hacia Carlota:

Siguióla Enrique paso a paso, como si temiese dejar de verla sin desear alcanzarla, y pintábase en su blanca frente y en sus ojos azules una expresión particular de duda e indecisión. Hubiérase dicho que dos opuestos sentimientos, dos poderes enemigos dividían su corazón (32).

Y es cierto. Por un lado, Carlota le gusta. Cuando Jorge Otway manifiesta a su hijo la determinación de casarlo con la hija de don Carlos B..., el joven “prestose fácilmente a sus deseos, y no con repugnancia esta vez” (25). La encuentra “tan bella”, “tan buena”, “su corazón tan tierno” y “su talento tan seductor” (52), que incluso, en una ocasión, llega a decirle a Sab que “Carlota tiene una dote más rica y apreciable en sus gracias y virtudes” (57). En otra ocasión, cuando Enrique es recibido en la casa de Bellavista tras su caída, la ternura de Carlota para con él es tan “viva y elocuente” que Enrique “subyugado por ella, a pesar suyo, sentía palpitar su corazón con una emoción desconocida” (59). Enrique, movido por el impulso, prorrumpió:

–¡Carlota! –dijo una vez-, un amor como el tuyo es un bien tan alto que temo no merecerlo. Mi alma acaso no es bastante grande para encerrar el amor que te debo. –Y apretaba la mano de la joven sobre su corazón, que latía con un sentimiento tan vivo y tan puro que acaso aquel momento en que se decía indigno de su dicha, fue uno de los pocos de su vida en que supo merecerla (59).

En efecto, el narrador nos confirma este sentimiento amoroso:

Es indudable que Enrique Otway amaba a Carlota de B... y ¿cómo no amar a una criatura tan bella y apasionada? Cualesquiera que fuesen las facultades del alma del inglés, la altura o bajeza de su sensibilidad no cabe duda en que su amor a la hija de don Carlos era una de las pasiones más fuertes que había experimentado en su vida. Pero esta pasión no siendo única era contrarrestada evidentemente por otra pasión rival y a veces victoriosa: la codicia (37).

Y es justamente el afán del dinero lo que, por el otro lado, interpela los sentimientos de Enrique, dividiendo su alma y sus pensamientos. Las noticias de la privación de Carlota de la herencia de su tío y la pérdida del pleito por los bienes de su madre, es decir, la destrucción de “las brillantes esperanzas de fortuna” que Enrique fundaba en su novia, provocan un cambio en el alma del joven. Pero, siendo “demasiado adoctrinado en el espíritu mercantil y especulador de su padre”, “no indiferente [...] a las riquezas” y “tan codicioso como su padre” es muy disimulado:

Su conducta no varió en lo más mínimo, ni se advirtió la más leve frialdad de sus amores. El público, si bien persuadido de que solo la conveniencia le había impulsado a solicitar la mano de Carlota, creyó entonces que un sentimiento más noble y generoso le decidía a no renunciarla (29).

Es cierto, nadie se da cuenta de este cambio de intenciones, excepto Sab. El mulato es el único que ha tenido la perspicacia de penetrar en las intenciones de Enrique y es por eso por lo que no le gusta. Y, aunque Enrique le dice a Carlota que “pronto llegará el día [...] en que nos reunimos para no separarnos más” (60), en realidad se pregunta “interiormente si llegaría en efecto aquel día, y si sería imposible renunciar a la dicha de poseer a Carlota” (60). Y es que la diferencia entre las dos decisiones la ponían los “cuarenta mil duros en oro y plata”.

En efecto, viendo a Enrique en Guanaja, a punto de tomar su decisión final acerca de la boda con Carlota, descubrimos el hilo de los razonamientos internos del personaje:

Momento hubo en que la idea de renunciar a Carlota le pareció tan cruel, que si no hubiera tenido un padre codicioso, si hubiese sido libre en su elección, acaso le habría dado su mano con preferencia a la más rica heredera de todas las islas; pero aun en estos momentos de exaltación amorosa Enrique no pensó ni remotamente en contrariar la enérgica voluntad de su padre, y ni aun siquiera intentar persuadirle. Según las idea en que había sido educado, nada era más razonable que la oposición de su padre a un enlace que ya no le convenía, y Enrique se reprochaba como una debilidad culpable el amor que le hacía repugnar la voluntad paterna.

-Esto es un hecho –decía él hablando consigo mismo-, esa mujer me ha trastornado el juicio, y es una felicidad que mi padre sea inflexible, pues si tuviese yo libertad de seguir mis propias inspiraciones es muy probable que cometiera la locura de casarme con la hija de un criollo arruinado (121-122).

Para Enrique la obediencia al padre, en realidad, no es ningún obstáculo, sino la salvación de sí mismo, de su amor insensato y de su libertad imprudente. La codicia por el dinero triunfa en su corazón, dejándole la única preocupación de encontrar una excusa creíble para que no le conozcan como un hombre interesado (122). La firme decisión del joven de romper sus compromisos con Carlota se altera únicamente a causa de las pocas líneas de la postdata, que don Carlos le escribe a Enrique en la carta, que anunciaba la inmediatez de la boda –planeada para aquel mismo día- y que fue llevada por Sab. La postdata decía:

La suerte, por una cruel irrisión, ha querido compensar el golpe mortal dado en mi corazón con la pérdida de mi hijo, otorgando fortuna a mi hija mayor. Carlota ha sacado el premio de cuarenta mil duros en la última lotería: Enrique, tú que no pierdes un hijo, puedes dar gracias al cielo por este favor (127).

Este pequeño anexo marca la diferencia entre dos frases seguidas –la “¡Imposible! No puedo sin orden de mi padre dejar Guanaja” y la “Marchar inmediatamente a Puerto Príncipe”-, contestadas por el joven antes y después de leer la postdata. Efectivamente, el pobre, mezquino, pusilánime y tibio amor de Enrique hacia Carlota, que se pospone a su preferencia por las cosas materiales, ya se había revelado en la casa de la anciana india, cuando el brillo extraordinario de la piedra, que limpió Teresa, acaparaba la atención del joven inglés mucho más que la narración acerca de la bondad y la caridad de Sab.

De esta manera, resulta claro que el amor más fuerte, puro, abnegado, discreto y fiel es el de Sab y Teresa. El amor de Carlota también es fuerte y apasionado, pero ilusorio y no carente de prejuicios, mientras que el amor de Enrique es absolutamente tibio, dubitativo y mezquino. Por lo tanto, podemos concluir que para Gertrudis Gómez de Avellanada la intensidad del amor de los personajes de esta obra es directamente proporcionada al grado de su libertad antropológica que se encuentra más allá de las apariencias y situaciones socio-políticas. El amor

sincero, puro y abnegado es el que libera al hombre y a la mujer y los hace capaces de entregarse a la persona amada por completo, sin reservas y hasta el final. Así es el amor que siente Sab y así es el amor que anhela Carlota. Así es el amor del que Teresa es testigo y del que Enrique es absolutamente incapaz. Un amor auténtico, grande y sincero, que hace a una persona ser capaz de entrega y de fidelidad, hace completamente libre -independientemente de la justicia social o política- al esclavo Sab del homicidio y de la perdición y a la huérfana Teresa de los celos de Carlota y de la villanía de quedarse con el premio para conseguir el matrimonio con Enrique. Mientras tanto, el amor ilusorio de la libre y dichosa Carlota por Enrique –aunque debido a la inocencia- y sus prejuicios acerca de la imposibilidad de amar a un esclavo –cuando, debido a la confusión, Carlota y Enrique creen a Teresa enamorada del mulato (143)- la hacen ignorar el amor verdadero y la convierten, aunque por inocencia, en una esclava de las circunstancias, y el interesado y dubitativo amor del libre y bien posicionado Enrique revela la esclavitud del joven de las riquezas y la opinión social.

En resumen, la novela *Sab* de Gertrudis Gómez de Avellaneda nos muestra cómo el amor verdadero libera al hombre en cualesquiera que sean sus circunstancias sociales y políticas, mientras que la falta de un amor así, al igual que un sentimiento ilusorio o mezquino, lo esclaviza de diversas formas. Y estas distintas formas de la esclavitud del ser humano son lo que nuestra escritora reprobó en su obra con tanta explicitud.

Referencias bibliográficas

- Bravo-Villasante, Carmen, “Prólogo”, en Gertrudis Gómez de Avellaneda. *Sab*. Salamanca: Anaya, 1970, pp. 3-45.
- Catena, Elena, “Introducción”, en Gertrudis Gómez de Avellaneda. *Poesías y epistolario de amor y de amistad*. Madrid: Castilla, 1989, pp. 7-35.
- Cruz, Mary, “Los versos de la Avellaneda”, en Gertrudis Gómez de Avellaneda. *Antología poética*. La Habana: Letras Cubanas, 1983, pp. 5-28.
- “Aproximación biográfico-crítica”, en Gertrudis Gómez de Avellaneda. *Obra selecta*. Caracas: Ayacucho, 1990, pp. IX-XXIV.
- Ezama Gil, Ángeles, “Sobre la figura y la obra de Gertrudis Gómez de Avellaneda”, en Gertrudis Gómez de Avellaneda. *Autobiografía y otras páginas*. Madrid: Real Academia Española, 2015, pp. 385-469.
- García, Juan Andreo, “La formación del imaginario sobre las mujeres a través de la representación icónica”, en Isabel Morant (dir.). *Historia de las mujeres en España y América Latina. Volumen III. Del siglo XIX a los umbrales del XX*. Madrid: Cátedra, 2006, pp. 737-764.
- Gómez de Avellaneda, Gertrudis, “Sab”, en Gertrudis Gómez de Avellaneda. *Antología. Novelas y ensayo*. Madrid: Fundación José Antonio de Castro, 2015, pp. 3-165.
- González del Valle, Luis T., “Introducción”, en Gertrudis Gómez de Avellaneda. *Antología. Novelas y ensayo*. Madrid: Fundación José Antonio de Castro, 2015, pp. XI-XLII.
- Gutiérrez de La Solana, Alberto, “*Sab* y *Francisco*: Paralelo y contraste”, en Gladys Zaldívar y Rosa Martínez de Cabrera (eds.). *Homenaje a Gertrudis Gómez de Avellaneda*. Miami: Editora Universal, 1981, pp. 301-317.
- Kirpatrick, Susan. *Las Románticas. Escritoras y subjetividad en España, 1835-1850*. Madrid: Cátedra, 1991.

- Mitjans, Aurelio. *Historia de la literatura cubana*. Madrid: América, 1914.
- Navarro García, Luis. *La independencia de Cuba*. Madrid: Mapfre, 1991.
- Navaz-Ruiz, Ricardo. *El Romanticismo español. Historia y crítica*. Salamanca: Anaya, 1970.
- Portuondo del Prado, Fernando. *Historia de Cuba*. Volumen I. La Habana: Editorial Nacional de Cuba, 1965.
- Rodríguez Gutiérrez, Milena, “Introducción. ¿Por qué una antología de poetas cubanas?”, en *Otra Cuba secreta: antología de poetas cubanas del XIX y del XX: (de Gertrudis Gómez de Avellaneda a reina María Rodríguez, con una breve muestra de poetas posteriores)*. Madrid: Verbum, 2011, pp. 17-44.
- Scott, Nina M., “Escritoras hispanoamericanas del siglo XIX”, en Isabel Morant (dir.). *Historia de las mujeres en España y América Latina. Volumen III. Del siglo XIX a los umbrales del XX*. Madrid: Cátedra, 2006, pp. 693-719.
- Servera, José, “Introducción”, en Gertrudis Gómez de Avellaneda. *Sab*. Madrid: Cátedra, 2003, pp. 11-85.
- Tornero Tinajero, Pablo. *Crecimiento económico y transformaciones sociales. Esclavos, hacendados y comerciantes en la Cuba colonial (1760-1840)*. Madrid: Centro de Publicaciones del Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, 1996.